

LA GARITA DEL LEGIONARIO



Y OTROS RELATOS

LEANDRO RAMÍREZ RAYA

*A todos los que tuvieron la oportunidad
de conocer y vivir, como yo lo hice, una parte de sus vidas en el
Peñón de Vélez de la Gomera.
Y especialmente,
“Al verdadero legionario que inspiró esta historia”.*

Tras la cena, y mientras tomábamos una copa de vino dulce, el panadero del destacamento comenzó a relatarnos varias de sus “historias”. Llevaba más de veinte años viniendo al Peñón y eso da para mucho que contar.

Una en especial se me quedó grabada.

JOSE ANTONIO

El invierno del año 1972 hacía pocos días que había comenzado. El relevo del destacamento que la Legión tenía en el Peñón de Vélez de la Gomera, acababa de llegar. Los legionarios que terminaban su estancia allí tenían unas enormes ganas de marcharse, siempre sucedía igual. La euforia de la llegada se iba diluyendo con el paso de los días, al cabo de los dos meses, el deseo de volver y disfrutar del permiso que les pertenecía, era enorme.

El barco con el relevo saliente zarparía mañana. Hoy era el día indicado para efectuar la entrega de las distintas dependencias. Los mandos y los legionarios recién llegados debían revisar todo lo que quedaría a su cargo, y tomar buena nota de las actividades a realizar durante los siguientes meses.

Para muchos, aquella era la primera vez que iban al Peñón y la cara de sorpresa los delataba. Vivir en un lugar tan enigmático y extraño sesenta días de sus vidas, les producía una emoción difícil de explicar. Para otros, la novedad ya había pasado y, con la abnegada paciencia del soldado, se resignaban a cumplir con su deber una vez más.

En el contingente que llegó se encontraba un joven legionario. Su nombre José Antonio Narváez Sánchez, tenía diecinueve años y había nacido en Melilla.

Era el legionario más joven de la unidad y se sentía un enorme orgullo de llevar su uniforme. Ya desde pequeño, y por vivir en Melilla, siempre quiso serlo. Veía la “chulería” con que se movían por la ciudad, el respeto que todo les profesaban cuando se cruzaban

con ellos y, algo que él deseaba enormemente, el éxito que tenían con las chicas...

Para su madre la noticia de los deseos de su hijo, siempre las tomó como algo pasajero —fantasías de niño—. Comentaba con las vecinas. Pero el día que José Antonio informó a su madre de que había sentado plaza de voluntario en el Tercio “Gran Capitán, I de la Legión”, su corazón recibió uno de los golpes más duros de su vida.

Durante días, y por todos los medios posibles, intentó convencerlo que no llevara a cabo sus propósitos. “La Legión es muy dura y tu carácter no va con ese tipo de gentes”, “allí sólo hay descarados y peleones“, “tu vida en el cuartel va a ser insoportable”.

José Antonio nunca quiso hacerle daño a su madre, sabía que, tras quedarse viuda, él era lo único que tenía para ser feliz. Pero acababa de llegar a la mayoría de edad y era la primera gran decisión que debía tomar en la vida.

El día seis de marzo, convencido de lo que hacía, se presentó en el cuartel. Quería ser legionario y nadie se lo iba a impedir.

El periodo de instrucción fue mucho más duro de lo que nunca pensó. Comprobó lo que era la vida militar en una unidad tan especial como aquella. Disciplina y orden. Sacrificio y cansancio. El sufrimiento fue continuo, el cansancio físico se mezclaba con la tensión nerviosa, y esta no daba paso más que al agotamiento una y otra vez...

Pero los días pasaron y el muchacho fue venciendo todas las penalidades. Les demostró a todos, y también así mismo, que tenía tanto coraje como el que más. Los meses de instrucción acabaron y llegó la Jura de Bandera. Para ese día tan especial invitó a todos sus amigos del barrio, pero cuando miró las gradas, la solitaria figura de su madre era la única que en ella estaba. Sintió pena, mucha pena y mucha rabia. Él siempre acudía para animar a sus amigos cuando le invitaban a los partidos de fútbol en los que ellos jugaban...

Luego, mientras desfilaba con sus compañeros, el orgullo de lo que era, pudo más que el recuerdo del desaire que había recibido. Se ilusionaba al pensar que, a partir de ese momento, todo cambiaría.

En el barrio no podían creerse que “Toño”, como siempre le decían sus amigos, pudiera aguantar siquiera el periodo de instrucción, incluso llegaron a hacer apuestas sobre el tiempo que sería capaz de permanecer allí antes de pedir la baja.

Desde niño su carácter fue introvertido y apocado. Poco agresivo para lo que era normal allí. Su aspecto desgarrado, larguirucho, con grandes orejas y su extrema delgadez fueron motivos continuos para las bromas y, algunas veces, para crueles burlas. Toño, siguiendo la recomendación que su madre le hizo un día, procuraba no hacerles caso, y se tomaba las cosas con buen humor. “Si notan que me afecta lo que dicen lo harán más veces, lo mejor es reírme con ellos, seguro que así se cansaran”. Cuando las bromas se las gastaban las “niñas” de la pandilla, su padecimiento era mayor.

“Con mi uniforme de legionario” —pensaba—, “todo será distinto”. Siempre estuvo seguro que con él, podría enfrentarse mejor a sus amigos y recibir de las chicas una mayor atención.

En el cuartel empezaron llamándolo “Antoñito”, por no tener barba y ser el más joven de la compañía. Más de una vez recibió los golpes de sus compañeros, esos de los que su madre tanto le advertía, pero allí, con su uniforme puesto, no aguantaba bromas ni burlas, allí no. El paso de los días fue demostrándoles a todos el coraje que ponía el muchacho en defenderse y, poco a poco, y lo fueron dejando en paz.

Pero cada tarde, al salir del cuartel, volvía a la vida de antes y para sus amigos seguía siendo el “Toño” de siempre.

AMALIA

A su grupo de amigos, llegó un día una chica nueva. Su padre había sido destinado a Melilla como director del Banco Central y su casa estaba en el barrio.

Por medio de Carmen, compañera de colegio, Amalia fue presentada a todos.

Era una chica preciosa. Rubia, con pelo largo hasta los hombros y grandes ojos celestes. Por venir de Madrid, su acento y forma de hablar eran distintos, y eso la hacía ser especial, más admirada. Las chicas no se tomaron tan bien, como ellos, la llegada de la “nueva”. Les molestaban enormemente la atención y cortesía que todos le tenían.

Toño tuvo que pasar algún tiempo sin poder reunirse con sus amigos. Los servicios en el cuartel eran continuos y para terminar fue de maniobras toda una semana.

Cuando regresó, notó en los demás algo distinto. Ya no le gastaban bromas como hacían antes, e incluso le pedían que les contara cosas del cuartel, y lo que había hecho en el campo durante las maniobras. El orgullo se reflejaba en su cara cuando, con todo lujo de detalles, relataba las aventuras vividas en las instrucciones nocturnas, o en el tiro, o cuando estaba de guardia...

Eufórico, le comentaba a su madre el cambio producido en sus amigos. Ya no era “el Toño” de antes, ahora era “Toño el legionario”. Sus amigos le invitaban a cervezas y bromeaban con él

sobre los otros. Continuamente, toda la pandilla, reconocía su sacrificio y valoraba lo que era. Por fin era admirado.

Unos días después, el grupo de amigos, celebraron una fiesta por el cumpleaños de Carmen. Cuando llegó todos se acercaron a saludarlo y, durante la tarde, todas las chicas se disputaban bailar con él. Se sintió el centro de la reunión, era como vivir un sueño. ¡Qué diferencia a como lo trataban antes!

Cuando llegaron los “bailes lentos”, las parejas se fueron formando. Toño, acostumbrado a pasar desapercibido, estaba tomándose un cubalibre sentado en unas de las sillas del rincón. Miraba a las parejas bailar ensimismado, cuando, de repente, Amalia se le acercó y, con la voz más dulce del mundo —pensó—, le preguntó si quería bailar. Se levantó de un salto y dijo que sí, claro que sí, ¡cómo no iba a querer bailar con la chica bonita de la fiesta!

En los primeros momentos estuvo muy reservado. “Vamos di algo —se obstinaba en repetirse—, ...No eso no, tiene que ser ocurrente, piensa”. Se encontraba tenso y se le notaba en su forma de bailar. Eso le hacía ponerse más nervioso.

Amalia, al final, tuvo que ser quien inició la conversación. Le preguntó sobre el, siempre recurrente, tema de la vida en el cuartel y su futuro en el Ejército.

Poco a poco, “Toño” mientras hablaba, se fue sintiendo más cómodo. Fue pasando de responder con frases cortas, a dar abiertamente su opinión sobre los otros temas que fueron surgiendo.

En los momentos que permanecían callados, siguiendo el compás de la música, sentía el cuerpo de Amalia pegado al suyo. Notaba sus formas femeninas, podía oler su maravilloso pelo rubio mezclado con un suave perfume que, pensó, sólo una chica como ella podía escoger. Ahora miraba a las otras parejas como iguales. Ya no veía la fiesta desde la barrera como tantas otras veces. De nuevo pensó: ¡cuánto habían cambiado las cosas! Se sintió feliz como nunca lo había sido, feliz e importante...

El resto de la tarde la pasaron así, juntos, charlando y bailando.

Cuando la fiesta se dio por concluida, Toño le preguntó si podía acompañarla de regreso a casa. Ya estaba lanzado, se sentía un “Don Juan” o mejor un legionario luchando por una conquista. Ella con una amplia y dulce sonrisa aceptó.

En las calles apenas quedaba nadie y sus pasos sonaban acompasados sobre la acera húmeda. El muchacho, acostumbrado a escucharla en compañía de otros, con música de fondo o con los ruidos de la bulliciosa ciudad, ahora al escucharla podía disfrutar de todos los sutiles y encantadores matices de su voz. Le parecía perfecta en todo.

Durante el paseo y tras unos momento de silencio Amalia le preguntó:

—Siempre que cuentas las cosas que haces, me pregunto si no exageras un poco. Si son tan reales todas las cosas como nos las dices.

—Te puedo jurar que nunca lo he hecho —respondió poniéndose serio—, no sé mentir, si alguna vez lo hiciera seguro que lo notarás, siempre me ha pasado lo mismo.

Ella bajó los ojos y calló unos instantes, luego, casi en un murmullo, dijo:

—Te creo cuando dices que no mientes.

Terminando esas palabras llegaron al portal de la casa. Amalia con una sonrisa de ángel y con el tono de voz más amable posible, le dio las gracias por acompañarla y se despidió diciendo:

—Mañana nos veremos en la escalera de la iglesia, donde siempre.

—Allí estaré, y quería decirte... que ha sido la tarde más maravillosa que he pasado en mi vida.

La muchacha con su particular sonrisa, se acercó y tras decir un escueto “gracia”, le dio un beso en la mejilla. Luego, abrió la puerta deprisa y, sin volverse, entró.

LAS AMIGAS

La tarde siguiente no pudo ir al sitio de costumbre, tenía un servicio en el cuartel del que no se acordaba. Se sintió muy alterado por no poder asistir a la cita, sólo pudo pedir permiso al cabo y acercarse a la central de teléfonos. Allí consiguió llamar a su amigo Kike y le contó lo que pasaba.

Cuando regresaba a su compañía, caminó despacio y pensativo. A cada paso, se recreaba en todo lo que había sucedido la tarde anterior. Siempre le gustó Amalia, ¡cómo no! Pero ahora comenzaba a soñar lo que antes era imposible. Tenía ganas de gritar lo feliz que era y contarles a todos lo que le había ocurrido...

Diego Ortuño, el Cabo Cuartel de ese día, un legionario más que veterano y con muchas horas de vuelo en el territorio de las mujeres, le dijo que no se fiara.

—Las mujeres son muy presumidas y coquetas, y no hay cosas que les guste más que poner “cachondos” a los “tios” para luego cuando están “recalentaos” dejarlos. Son unas hijas de pu... —José Antonio no dejó que terminara la frase. Amalia no era así, “ella era una verdadera amiga y muy buena chica”. Diego respondió que todas lo eran hasta que demostraban lo contrario.

Ese día se pasaron todo el tiempo charlando de mujeres y de cómo conquistarlas. ¡Qué mejor tema para un legionario! El servicio de cuartelero es largo y hay mucho tiempo para hablar...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

